

Blaise Pascal

Pensamientos

(selección)



selección **doce uvas**

RIALP

BLAISE PASCAL

PENSAMIENTOS

*Selección y traducción de
Rafael Gómez Pérez*

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: *Les pensées*

© 2014 de la versión española y de la introducción realizada por RAFAEL GÓMEZ PÉREZ,
by EDICIONES RIALP, S.A.
Alcalá, 290 - 28027 Madrid
(www.rialp.com)

Fotografía de cubierta: © idea-Fotolia.com

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-4361-8

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

1. CONOCER: RAZÓN Y CORAZÓN

2. EL HOMBRE

3. INMORTALIDAD

4. DIOS Y EL HOMBRE

5. LA APUESTA

6. EL MEMORIAL

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Blaise Pascal (1623-1662) es uno de los grandes pensadores de cualquier tiempo. Su influencia dura hasta hoy mismo. Es un ejemplo palpable de cómo el cristianismo casa bien con una inteligencia lúcida y con la calidez del corazón.

Pascal fue un notable y precoz científico. A los once años compuso un tratado sobre los sonidos; a los dieciséis, el *Ensayo sobre las cónicas*. Con veinte años inventó la primera calculadora, conocida hoy como *Pascalina*, que es el precedente más antiguo del ordenador. En 1653 escribió un tratado sobre la presión atmosférica, la primera descripción de la hidrostática. Estudió también las teorías de la probabilidad, sobre todo en correspondencia con Pierre de Fermat, el más notable matemático de la época. De 1654 es el *Tratado del triángulo aritmético* acerca del hoy llamado *triángulo de Pascal*, o representación de los coeficientes binomiales en forma de triángulo. Pascal fue también quien, por primera vez, formuló explícitamente el principio de la demostración por inducción matemática; además, es autor de *Elementos de geometría* y del *Tratado de los órdenes numéricos* acerca de los órdenes de los números... Todo en treinta y nueve años que duró su vida.

Su fama deriva, sobre todo, de los *Pensées* (*Pensamientos*), materiales para una nunca terminada *Apología por la verdad de la religión cristiana*. Fueron publicados póstumamente, en 1669. Son textos —924 en la edición de Brunschvicg, tomos XII, XIII y XIV de la colección *Grands Écrivains de la France*, Hachette, París, 1904-1914—, sin apenas orden sistemático, lo que ha permitido las más diversas interpretaciones.

Llama la atención enseguida, en los textos más elaborados, la fuerza del estilo, directo, con insólitas asociaciones de palabras, con un brío notable en mantener el ataque o la defensa, un estilo de esgrima.

Algunas afirmaciones parecen, para una visión superficial, contradictorias con otras. En realidad, los *Pensamientos* están llenos de contrariedades, no de contradicciones. En el texto que se ha escogido como apertura de esta selección, Pascal discurre que para encontrar el sentido de un autor hay que armonizar las tesis contrarias que en él se encuentren. Dos afirmaciones contradictorias no pueden ser verdad a la vez, pero dos contrariedades sí pueden subsistir juntas. En el caso de Pascal es paradigmática la paradoja de la miseria y la grandeza del hombre. La paradojas son contradicciones aparentes y están basadas en esa coexistencia de los contrarios: como en el caso célebre de «Si el grano de trigo no muere no lleva fruto...» (Jn, 12, 23).

La mayoría de los textos seleccionados aquí se entienden con facilidad, y llaman la atención por la eficacia y la concisión de la prosa. Se intentan aclarar, a continuación, algunos aspectos que quizá susciten más dudas.

El concepto de *esprit* —espíritu— en Pascal es complejo. Se refiere a la capacidad de ver la realidad de las cosas y sus principios, algo que incluye la razón pero va más allá

de ella. Es famosa su distinción entre *esprit de geometrie*, que sería algo así como la razón abstracta y *esprit de finesse*, de finura, de sutileza, más cercano a la intuición. Otra cosa es *le coeur*, el corazón, terreno del sentimiento. Pero, a su vez, el corazón tiene mucho que ver con el *esprit de finesse*.

Uno de los famosos textos de los *Pensamientos* es el llamado «*La apuesta*», basado en el cálculo de probabilidades, pero también en el juego de dados, tan extendido en el siglo XVII, como en casi cualquier época. Para Pascal, vivir es jugar, es decir, actuar sobre lo incierto, pero en la espera de alguna ventaja. En el texto, se apuesta a cara o cruz si Dios existe o no existe. Si se apuesta por Dios y resulta que es verdad, se gana todo. Si se apuesta por Dios y no es verdad, no se pierde nada. Si se apuesta no-Dios y eso es así, tampoco se pierde nada. Pero si se apuesta no-Dios y Dios existe, se pierde todo, se pierde la eternidad. El texto es mucho más complejo, pero esa es su esencia.

Se escribe, con frecuencia, que Pascal albergaba una idea pesimista del ser humano, por influencia del jansenismo, una corriente teológica del siglo XVII que, apoyándose en una interpretación literal —y exagerada— de san Agustín, llevaba a un rigorismo moral y a una firme creencia en la predestinación. Aunque el tema ha sido y es muy discutido, Pascal no siguió las posturas más extremas del jansenismo. Es cierto que habla constantemente de la miseria del hombre, de su bajeza, pero también de su grandeza. La actitud de Pascal se enmarca en una antigua cuestión, siempre viva en el cristianismo, la de compaginar lo que el hombre puede hacer por sí mismo con lo que depende de la gracia. La cuestión se ha movido, históricamente, entre el pelagianismo —por Pelagio, monje irlandés de los siglos IV y V— y Lutero y Calvino. Pelagio niega el pecado original. Lutero lo afirma hasta el punto de no ver en él una herida, sino la corrupción de la naturaleza humana. De ahí extraía también Calvino su doctrina de la predestinación: Dios ha predeterminado desde el principio quiénes se salvan y quiénes no.

Sobre estas cuestiones se dio en los siglos XVI y XVII el célebre debate *de auxiliis*, sobre cómo armonizar la libertad humana con la presciencia divina y con el papel decisivo de la gracia. Mientras los jesuitas tendieron a privilegiar la libertad humana, para combatir el fatalismo protestante, los dominicos sostenían que una excesiva importancia de la libertad llevaba a un tipo de pelagianismo. La controversia, en una época en la que estos temas se tomaban muy en serio, llegó a veces a extremos poco acordes con la caridad. En 1697, el Papa Paulo V declaró que cada escuela podía defender su postura y prohibía absolutamente calificar de herejía la opinión contraria. En realidad, la cuestión no tiene solución porque para hallarla habría que situarse —cosa imposible— en el lugar de Dios. Lo más que se puede decir es lo que enseña el sentido común en el refrán «a Dios rogando y con el mazo dando». El acto de fe es, a la vez, libre y efecto de una gracia sobrenatural. Tirso de Molina, que murió en 1648, cuando Pascal tenía veinticinco años, escribió un drama, *El condenado por desconfiado*, en que dejaba clara su visión del tema: nadie está predestinado; a todos se les ofrecen los auxilios de la gracia; pero ha de cooperar la libertad.

Se discute aún a quiénes estaban dirigidos los textos más polémicos de los *Pensamientos*. Se habla entonces de los *libertinos*. En la segunda mitad del XVII estaba ya

muy extendido en Francia un movimiento cultural, con facetas eruditas, que iba a favor de la increencia religiosa o de la indiferencia. A la vez, surgió otro tipo de libertinos, casi siempre nobles *bon vivants*, una especie de neo-epicureísmo. Parece cierto que Pascal pensaba en ellos, pero no solo en ellos. Su pensamiento no estaba tan ligado a circunstancias concretas.

En otro sentido, los *Pensamientos* de Pascal pueden verse como una anticipadora vacuna para lo que iba a venir enseguida en Francia y en Europa, la Ilustración, o al menos ese sector de la Ilustración que no disimuló su odio hacia el cristianismo. No es casual que Voltaire dedicara la última, la vigésimo quinta, de sus *Cartas filosóficas* a una crítica a Pascal, crítica burda en ocasiones, y, en otras, farisaica. Lo principal que no puede perdonar a Pascal es que insista en la condición miserable del hombre, olvidando que siempre habla también de su grandeza. Voltaire es lo racional, pero también lo obvio: «Me atrevo a defender a la Humanidad, en contra de este misántropo sublime. Me atrevo a asegurar que no somos tan malvados ni tan desgraciados como él dice». Voltaire simplifica lo difícil, pero al precio de hacerlo trivial.

Como Pascal se obstina en sumar pruebas de la verdad de la religión cristiana, Voltaire —que en privado no disimuló su odio al cristianismo— afirma: «La religión cristiana es tan verdadera, que no necesita pruebas dudosas». Su manera sibilina de no decir nada en contra de la religión cristiana, es reducirla a una simple religión natural, un deísmo al que le molesta la Cruz. «La religión cristiana enseña la sencillez, la humanidad, la caridad; quererla reducir a metafísica es querer hacerla una fuente de errores». Metafísica es, para Voltaire, todo aquello que él no entiende. Sobre el famoso texto de la apuesta, dictamina: «Este artículo parece un poco indecente y pueril. Esta idea de juego, de pérdida y ganancia, no conviene a la seriedad del tema». No hay que olvidar —aún menos ahora, a tenor del comentario— que Voltaire consideraba que Shakespeare no era más que un bárbaro.

En la presente selección se han omitido los numerosos textos, a veces incompletos, que tratan de las profecías, los milagros, otras religiones, etc. Lo que podría llamarse la teología. La mayoría de los textos son filosóficos, aunque la profunda fe de Pascal, y especialmente su adoración y ternura por Jesucristo, está debajo, sosteniéndolo todo.

Es posible estudiar a Pascal en su época —Corneille, Luis XIV, Richelieu, Francis Bacon, Galileo, etc.— y hay numerosos trabajos en ese sentido, pero es factible también atender a lo constante y valioso de su pensamiento. Reflexiones sobre cuestiones que no pierden nunca actualidad: qué es el hombre, cuál es su destino, qué es de la inmortalidad del alma, qué de Dios...

La traducción se ha hecho sobre Pascal, *Pensées*, prefacio e introducción de Léon Brunschvicg, según el texto establecido por él, en Librairie Générale Française, París, 1972. Se incluyen algunas pocas notas aclaratorias y, entre corchetes, alguna palabra para precisar el sentido de algunos textos. La numeración es la de esta selección, pero al final de cada texto se indica, entre paréntesis, el número que tiene en la edición de Brunschvicg, por si se desea ir al texto original.

Pascal es mucho más de lo que puede verse en esta selección, pero están recogidos los textos más característicos y originales. Esta edición puede servir de camino para entrar en un mundo que asombra siempre por la profundidad del ingenio y la belleza del estilo. Termina con el famoso *Memorial*, fruto de una mística experiencia interior, que aún conmueve leído hoy y da cuenta del gozo sobrenatural que animó la vida de Pascal, por encima de un pesimismo más aparente que real. «Alegría, alegría, lágrimas de alegría».

Rafael Gómez Pérez

CONOCER: RAZÓN Y CORAZÓN

- 1 Escribiré aquí mis pensamientos sin orden y tal vez esta confusión no carezca de objeto: es el verdadero orden y el que siempre marcará mi objetivo hacia el desorden mismo. Haría demasiado honor a mi tema si lo tratara con orden, porque quiero demostrar que es incapaz de un orden. (373)
- 2 No se puede bosquejar una buena fisonomía sino concordando todas sus contrariedades; y no basta con trazar una serie de cualidades concordes sin tener en cuenta las contrarias. Para entender el sentido de un autor, es necesario poner de acuerdo todos los pasajes contrarios. [...] Todo autor tiene un sentido con el cual concuerdan todos los pasajes contrarios; o es así, o no hay sentido en modo alguno. (684)
- 3 Cuando en un discurso se encuentran palabras repetidas e, intentando corregirlas, se las encuentra tan propias que, si se suprimiesen, se estropearía el discurso, hay que dejarlas. Eso es así. Es cosa de la envidia, que es ciega, no saber que esa repetición no es una falta en ese contexto; porque sobre esto no hay ley general. (48)
- 4 Las palabras diversamente ordenadas dan sentidos diversos; y los sentidos, diversamente ordenados, causan efectos diferentes. (23)
- 5 Un mismo sentido cambia según sean las palabras que lo expresan. Los sentidos reciben su dignidad de las palabras, en lugar de dársela. Habría que buscar ejemplos... (50)
- 6 Es preciso tener un pensamiento de fondo y juzgarlo todo a partir de ahí, pero hablando como habla el pueblo. (336)
- 7 Nos imaginamos a Platón y a Aristóteles con grandes togas de pedantería. En cambio, eran personas honradas, como las demás; que reían con sus amigos y, cuando se divertieron escribiendo sus *Las Leyes* o su *Política*, lo hicieron en plan de juego: era la parte menos filosófica y la menos seria de sus vidas. La

más filosófica era vivir simple y tranquilamente. Si escribieron de política era para poner orden en un hospital de locos; y escribieron dando la impresión de tratar de una gran cosa, aun sabiendo que los locos a los que hablaban se creían reyes y emperadores. Entran en sus principios [de política] para moderar aquella locura del mejor modo posible. (331)

- 8 Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar. (4)
- 9 A media que se tiene más espíritu se ve que hay más hombres originales. La gente común no encuentra diferencias entre los hombres. (7)
- 10 Hay dos tipos de espíritu: uno penetra viva y profundamente en las consecuencias de los principios: es el espíritu de precisión; otro comprende un gran número de principios sin confundirlos: es el espíritu de geometría. El uno es fuerza y rectitud de espíritu; el otro es amplitud de espíritu. Puede darse un espíritu sin el otro: el espíritu puede ser fuerte y estrecho; y puede ser amplio y débil. (2)
- 11 Diferencia entre el espíritu de geometría y el espíritu de fineza [o finura] (*esprit de finesse*). En el primero los principios son palpables, pero están alejados del uso común; de manera que cuesta volver la cabeza hacia esos principios, por falta de hábito; pero por poco que se vuelva la cabeza hacia ellos se los ve plenamente; y haría falta tener un espíritu completamente falso para razonar mal sobre esos principios, tan claros, que es casi imposible que escapen.
- En el espíritu de finura los principios son de uso común y están ante los ojos de todos. No hace falta volverse hacia ellos ni hacerse violencia: solo es cuestión de tener buena vista, pero ha de ser buena realmente; porque los principios son tan finos y tan numerosos que es casi imposible que no se nos escapen. Pero como la omisión de un principio lleva al error, hay que tener la vista muy neta para ver todos los principios y, después, el espíritu justo para no razonar falsamente sobre los principios conocidos.
- Todos los geómetras serían, pues, finos, si tuvieran buena vista, porque ellos no razonan falsamente sobre los principios que conocen; y los espíritus finos serían geómetras si pudieran dirigir la vista a los principios no acostumbrados de la geometría. (1)
- 12 Dos excesos: excluir la razón; no admitir más que la razón. (253)

- 13 Nada más en razón que desaprobando la razón. (272)
- 14 El último paso de la razón es reconocer que hay un número infinito de cosas que la superan; la razón es muy débil si no llega a conocer eso. Y si las cosas naturales la superan, ¿qué no serán las sobrenaturales? (267)
- 15 Hay que saber dudar donde es preciso dudar; aseverar donde es preciso aseverar; someterse donde es necesario. Quien no actúa así, no atiende a la fuerza de la razón. Quienes pecan contra estos principios, o bien lo aseveran todo como si fuera demostrativo, al no entender de demostraciones; o bien dudan de todo, por no saber dónde hay que someterse; o bien se someten a todo, porque ignoran dónde hay que juzgar. (268)
- 16 El corazón tiene razones que la razón no conoce. (277)
- 17 Conocemos la verdad no solamente por la razón, sino también con el corazón; es de esta segunda manera como conocemos los primeros principios y es inútil que el razonamiento, que no forma parte de eso, intente combatirlos. Los pirronianos [escépticos], que solo tienen eso por objeto, trabajan en vano. Sabemos que no soñamos. Aunque se dé una impotencia para probarlo con la razón, esa impotencia solo demuestra la debilidad de nuestra razón, pero no que nuestros conocimientos no sean ciertos, como ellos [escépticos] pretenden. [...] Por eso, aquellos a quienes Dios ha dado la religión por sentimiento de corazón, son bien felices y están legítimamente persuadidos. (282)
- 18 El corazón tiene su orden; el espíritu tiene el suyo, basado en principios y demostración. El corazón tiene otro. No se prueba que uno deba ser amado exponiendo, por orden, las causas del amor. Sería ridículo. (283)
- 19 Quienes están acostumbrados a juzgar según el sentimiento no comprenden nada de las cosas de razonamiento, porque pretenden penetrarlo todo de un golpe de vista y no están habituados a buscar los principios. Y los otros, al contrario, los que están acostumbrados a razonar, no comprenden las cosas del sentimiento: buscando los principios, no pueden ver las cosas de un golpe de vista. (3)

Del mismo modo que se estropea el espíritu, se estropea también el sentimiento. Se forman el espíritu y el sentimiento por las conversaciones. De este modo, las buenas o las malas los forman o los dañan. Interesa mucho, pues, saberlas escoger, para formarse y no dañarse. Pero no se puede hacer esa elección si antes no ha habido formación y daño. Eso conforma un círculo [vicioso] y son dichosos los que pueden escapar de él. (6)

- 21 Toda la dignidad del hombre está en el pensamiento. Pero, ¿qué es este pensamiento? ¡Qué necio es! El pensamiento es algo admirable e incomparable por su naturaleza. Hace falta que tenga extraños defectos para ser despreciable; y los tiene de tal calibre que nada resulta más ridículo. ¡Es grande por su naturaleza y bajo por su defectos![\[1\]](#) (365)
- 22 El pensamiento hace la grandeza del hombre. (346)
- 23 Puedo concebir bien a un hombre sin manos, sin pies o sin cabeza, porque solo la experiencia nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies. Pero no puedo concebir al hombre sin pensamiento. Sería o una piedra o un bruto. (339)
- 24 Cuando se lee demasiado rápido o demasiado lento, no se entiende nada. (69)
- 25 El espíritu extremo es acusado de locura, de defecto extremo. Solo la mediocridad se considera buena. La pluralidad de gente [la mayoría] ha establecido eso y muerde a quien se escape por un extremo o por otro. No me obstinaré; admito que se me ponga allí [en medio]; solo me niego a estar en el extremo inferior, pero no porque sea el último, sino porque es un extremo. Lo mismo rechazaría estar en el extremo superior. Salir del medio es salir de la humanidad. La grandeza del alma humana consiste en saber estar ahí: hace tanta falta que la grandeza consista en salirse [del medio] que consiste precisamente en no salirse. (378)
- 26 Hay quienes hablan bien y no escriben bien. El lugar y la concurrencia los calienta y sacan de su espíritu más de lo que tendrían sin este calor. (47)
- 27 La diversidad es tan amplia como los tonos de voz, los pasos, las toses, el sonarse la nariz, los estornudos... Los frutos se diferencian de las raíces, entre ellos el moscatel, y el *Condrieu* y el *Desargues* y este injerto... ¿Es todo? ¿Se

han dado alguna vez dos racimos iguales? ¿Dos granos iguales en el racimo? Nunca he juzgado de la misma manera la misma cosa. No puedo juzgar mi obra mientras la realizo. Es preciso hacer como los pintores, alejarse de ella, pero no demasiado. ¿Cuánto? Adivínadlo. (114)

- 28 La memoria es necesaria en todas las operaciones de la razón. (369)
- 29 Escribiendo lo que pienso, a veces se me escapa el pensamiento. Esto me hace recordar mi debilidad, que suelo olvidar en cada momento. Me instruye tanto como el pensamiento olvidado, porque solo deseo conocer mi nada. (372)
- 30 Yo había pasado mucho tiempo estudiando las ciencias abstractas; y la poca comunicación [con otras personas] que pude tener me desagradó. Cuando comencé a estudiar al hombre, vi que esas ciencias abstractas no son propias del hombre y que, penetrando en ellas, me apartaba más de mi condición que otros ignorándolas. He perdonado a los otros el saber tan poco de ellas. Creí poder encontrar muchos compañeros en el estudio del hombre, que es el estudio que le es propio. Me he equivocado: hay menos estudiosos del hombre que de la geometría. (144)
- 31 Vanidad de las ciencias. La ciencia de las cosas exteriores no me consolará en tiempo de aflicción, de la ignorancia de la moral; pero la ciencia de las costumbres me consolará siempre de la ignorancia de las ciencias exteriores. (67)
- 32 Que no se diga que yo no he dicho nada nuevo: la disposición de las materias es nueva. Cuando se juega a la palma, uno y otro juegan la misma pelota, pero uno la coloca mejor. Y si se dice que me he servido de palabras antiguas... ¡Como si los mismos pensamientos no formasen otro tipo de discurso si tienen una disposición diferente, del mismo modo que las mismas palabras forman pensamientos diferentes según la diferente disposición! (22)
- 33 Como no se puede ser universal sabiendo todo lo que se puede saber sobre todas las cosas, es preciso saber un poco de todo. Es mejor saber algo de todo que saber todo sobre algo; aquella universalidad es la más bella. Si se pudiera tener las dos cosas sería lo mejor, pero, si hay que escoger, es preciso escoger aquello [saber un poco de todo]. Esto el mundo lo sabe, porque a veces el mundo es un buen juez. (37)

- 34 Existe una diferencia universal y esencial entre las acciones de la voluntad y todas las demás. La voluntad es uno de los principales órganos de la creencia: no porque ella forme la creencia, sino porque las cosas parecen verdaderas o falsas según la cara que se mire. La voluntad que se place en un aspecto más que en otro, aparta al espíritu de considerar las cualidades de lo que no desea ver; y así, el espíritu, siendo una sola pieza con la voluntad, se para a mirar lo que la voluntad ama; y de este modo juzga según lo que ve. (99)
- 35 La imaginación engorda los pequeños objetos hasta llenar nuestra alma, con una consideración fantástica. Y, con temeraria insolencia, disminuye las grandes cosas a su medida, como al hablar de Dios. (84)
- 36 Dicen que los eclipses anuncian desgracias; y es que los males son tan corrientes y llegan con tanta frecuencia, que se los adivina casi siempre. En cambio, si se dijera que los eclipses presagian felicidad, los hechos lo desmentirían casi siempre: la felicidad solo se atribuye a raros encuentros en el cielo. (173)

[1] Para Pascal, no basta pensar; hay que pensar bien. Es el pensamiento justo el que hace la grandeza del hombre.

EL HOMBRE

- 37 El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero una caña que piensa. No hace falta que el universo entero se arme para aplastarlo: es suficiente un vapor, una gota de agua. Pero, aun cuando el universo lo aplastara, el hombre sería mucho más noble que aquello que lo mata: porque él sabe que muere y conoce la ventaja que el universo tiene sobre él. De eso, el universo no sabe nada. (347)
- 38 No es en el espacio donde debo buscar mi dignidad, sino en el orden de mi pensamiento. No tendría ventaja alguna si fuera dueño de tierras. Por el espacio, el universo me abarca y me incluye, siendo yo solo un punto; con el pensamiento, yo lo comprendo. (348)
- 39 El hombre está hecho visiblemente para pensar; ahí radica toda su dignidad y todo su mérito. Su deber consiste en pensar como es debido. Ahora bien, el orden del pensamiento es comenzar por sí mismo, y por su autor y por su fin. Pero, ¿en qué piensa el mundo? Jamás en eso, sino en danzar, jugar, cantar, hacer versos, correr la prenda, etc., batirse, hacerse rey, sin pensar en qué es ser rey y en qué es ser hombre. (146)
- 40 Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos no valen lo que vale el menor de los espíritus; porque él conoce todo aquello y se conoce a sí mismo; los cuerpos no conocen nada. Todos los cuerpos juntos y todos los espíritus juntos y todas sus producciones no valen lo que vale el menor movimiento de la caridad. Esta es de un orden infinitamente más elevado. De todos los cuerpos juntos no se podría sacar ni un pequeño pensamiento: es algo imposible y de otro orden. De todos los cuerpos y los espíritus no se sacaría ni un movimiento de verdadera caridad; es imposible y de otro orden, sobrenatural. (793)
- 41 El hombre no es ni un ángel ni una bestia; y la desgracia quiere que quien desea hacerse el ángel, haga la bestia. (358)
- 42

¿Qué es el yo? Un hombre se asoma a la ventana para ver a los que pasan; si paso yo, ¿puedo decir que se ha asomado para verme? No; porque él no piensa en mí en particular. Quien ama a alguien a causa de su belleza, ¿lo ama de verdad? No: porque la viruela, matando la belleza sin matar la persona, hará que deje de amarla. Si se me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿se me ama a mí? No, porque yo puedo perder esas cualidades, sin perderme a mí mismo. ¿Dónde está, pues, ese yo, si no está ni en el cuerpo ni en el alma? ¿Y cómo amar el cuerpo o el alma si no es por esas cualidades que no son las que hacen el yo, porque son perecederas? ¿Amaríamos la sustancia del alma de una persona abstractamente fueran cuales fueran las cualidades que poseyese? No se puede, sería injusto. No se ama jamás a la persona, sino sus cualidades. Que nadie, pues, se burle de quienes se hacen honrar por sus cargos y oficios, porque no se ama a nadie sino por sus cualidades prestadas. (323)

- 43 De ordinario, se convence uno mejor por las razones que halla por sí mismo que por las que vienen del espíritu de los otros. (10)
- 44 Tan oscurecida está la verdad en este tiempo y tan establecida la mentira, que, a menos que se ame la verdad, no se sabrá reconocerla. (864)
- 45 La gente maligna conoce la verdad, pero solo la sostiene cuando coincide con su interés; fuera de eso, la abandona. (583)
- 46 Aunque las personas no tengan ningún interés en lo que dicen, no hay que concluir que absolutamente no mienten. Hay gente que miente simplemente por mentir. (108)
- 47 Una pequeña cosa consuela porque una pequeña cosa nos aflige. (136)
- 48 Me siento mal ante cumplidos del tipo de «os he hecho trabajar demasiado», «temo molestaros», «temo que esto sea demasiado largo». O se nos complace o se nos irrita. (57)
- 49 Que cada uno examine sus pensamientos: los encontrará del todo ocupados en el pasado y el futuro. Casi no pensamos en el presente, y, si pensamos en él, no es más que para encontrar luz para disponer del futuro. El presente no es jamás nuestro fin. El pasado y el presente son nuestros medios; solo el

futuro es nuestro fin. De este modo, no vivimos jamás; solo esperamos vivir. Y, disponiéndonos siempre a ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca. (172)

- 50 El hombre no sabe dónde situarse. Está claramente extraviado, ha caído de su verdadero lugar sin poder volver a encontrarlo. Lo busca por todas partes con inquietud y sin éxito, en tinieblas impenetrables. (427)
- 51 El hombre está hecho de tal manera que, a fuerza de decirle que es tonto, se lo cree. Y a fuerza de decirselo a sí mismo, también se lo cree. Porque el hombre tiene consigo mismo una conversación interior, que importa mucho ordenar bien. *Corrumpunt mores bonas colloquia prava* [las malas conversaciones corrompen a las buenas costumbres: *1 Corintios*, 15, 33]. Es conveniente mantenerse en silencio todo lo que se pueda, y no hablar más que de Dios, que se sabe que es la verdad; y así nos persuadiremos a nosotros mismos [de la verdad]. (536)
- 52 La grandeza del hombre es grande cuando se conoce miserable. Un árbol no sabe que es miserable. Saberse miserable es, pues, ser miserable, pero es grande saberse miserable. (397)
- 53 Es muy peligroso hacer ver al hombre lo mucho que se parece a las bestias, sin, a la vez, mostrarle su grandeza. También es peligroso hacerle ver su grandeza sin mostrarle su miseria. Y más peligroso aún es dejar que ignore una cosa y la otra. En cambio, es muy ventajoso mostrárselas. No es conveniente que el hombre crea que es igual a las bestias o a los ángeles; ni que ignore las dos cosas, sino que sepa lo uno y lo otro. (418)
- 54 Si él se alaba, yo lo humillo. Si se humilla, yo lo alabo. Y lo contradigo siempre, hasta que él comprenda que es un monstruo incomprensible. (420)
- 55 Siento que pude no haber sido, pues el yo consiste en mi pensamiento; por lo tanto, yo, que pienso, no habría sido si mi madre hubiera muerto antes de haber nacido yo; luego no soy un ser necesario. No soy tampoco ni eterno ni infinito, pero comprendo bien que en la naturaleza haya un ser eterno, necesario e infinito. (469)

56

El último acto es sangrante, por bello que sea todo el resto de la comedia. En fin, se echa tierra sobre la cabeza y para siempre. (210)

- 57 Corremos sin preocupación hacia el precipicio, después de haber puesto algo delante de nosotros para no verlo. (183)
- 58 Me aterra el silencio eterno de esos espacios infinitos. (206)
- 59 Cuando a veces he considerado las diversas agitaciones de los hombres, los peligros y desgracias a los que se expone, en la Corte, en la guerra... Y de dónde nacen tantas querellas, pasiones, empresas osadas y, con frecuencia, malas, etc., he descubierto que todas las desgracias de los hombres se derivan de una sola cosa: no saber estar tranquilos en una habitación. (139)
- 60 Solo hay dos tipos de hombres: los justos que se creen pecadores y los pecadores que se creen justos. (534)
- 61 ¿Cómo se explica que este hombre, que ha perdido a su hijo hace menos de un mes y que, agobiado con procesos y querellas, estando esta mañana tan turbado, ya no lo esté? No os sorprenda: está enteramente ocupado en ver por dónde pasará ese jabalí que sus perros persiguen con tanto ardor desde hace seis horas. No necesita más. El hombre, por lleno que esté de tristeza, si se le puede convencer de participar en alguna diversión, será feliz durante ese tiempo. El hombre, por muy feliz que sea, si no está divertido y ocupado en alguna pasión o en alguna diversión que impidan que el tedio se desarrolle, pronto será desdichado, lleno de pesar. Sin diversión no puede tener alegría; con diversión se va la tristeza. (139)
- 62 La única cosa que nos consuela de nuestra miseria es la diversión y, sin embargo, la diversión es la más grande de nuestras miserias. Porque es ella la que nos impide principalmente pensar en nosotros e, insensiblemente, nos pierde. Sin la diversión estaríamos llenos de tedio y ese tedio nos empujaría a buscar un medio sólido de salir de él. Pero la diversión nos entretiene y nos hace llegar insensiblemente a la muerte. (171)
- 63 ¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada con respecto al infinito, un todo con respecto a la nada. Un medio entre la nada y todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y sus principios

permanecen para él invenciblemente ocultos en un impenetrable secreto, igualmente incapaz de ver la nada de donde ha surgido y el infinito donde es engullido. [...]

Las cosas extremas son para nosotros como si no existieran; y no somos nada en relación a ellas; se nos escapan o nosotros escapamos de ellas. He aquí nuestra verdadera condición. Esto es lo que nos hace incapaces de saber con certeza y de ignorar absolutamente. Navegamos en un medio vasto, siempre inciertos y flotantes, llevados de un lado a otro. Cualquier término al que pensemos agarrarnos y afirmarnos, se mueve y nos abandona; si lo seguimos, escapa de nosotros, se nos desliga y va hacia una fuga eterna. Ese es el estado que nos resulta natural y es el más contrario a nuestra inclinación. Ardemos de deseos de encontrar un asidero firme y una definitiva base constante, para edificar una torre que se eleve al infinito; pero todo fundamento nuestro se derrumba y la tierra se abre a los abismos. (72)

64 Cuando considero la brevedad de mi vida, absorbida en la eternidad precedente y en la siguiente, el poco espacio que lleno o incluso que veo, abismado en la inmensidad infinita de espacios que ignoro y que me ignoran, me asusto y me asombro de verme aquí y no allí, porque no hay razón alguna para estar aquí y no allí, porque el presente es antes que el entonces. ¿Quién me ha puesto aquí? ¿Por mandato y voluntad de quién me han sido destinados este lugar y este tiempo? *Memoria hospitae diei praetereuntis*. [«El recuerdo del huésped de un día, que pasa» *Libro de la Sabiduría*, 5, 14] (205)

65 Es preciso conocerse a sí mismo. Aunque solo sirviera para encontrar la verdad, serviría para ordenar la vida. Y nada más justo. (66)

66 La sabiduría nos devuelve a la infancia: *Nisi efficiamini sicut parvuli...* [«Si no os hacéis como niños...», *Mateo*, 18, 3]. (271)

67 Contrariedades. Después de haber mostrado la bajeza y la grandeza del hombre. Que ahora el hombre aprecie su propio valor. Que se ame, porque hay en él una naturaleza capaz del bien, pero que por eso no ame sus propias miserias. Que se desprecie, porque esta capacidad está vacía, pero que no desprecie por eso su capacidad natural. Que se odie, que se ame: hay en él la capacidad de conocer la verdad y de ser feliz, pero no hay en modo alguno verdad constante o satisfactoria.

Yo desearía, pues, llevar al hombre al deseo de encontrarla [la verdad], a estar presto y desligado de las pasiones, para seguirla allí donde la encuentre, sabiendo en cuánta medida su conocimiento está oscurecido por las pasiones.

Quisiera que él odiara en sí mismo la concupiscencia que le determina, para que ella no lo ciegue al hacer el hombre su elección, y para que no lo detenga cuando haya elegido. (423)

- 68 Los padres temen que el amor natural de los hijos se borre. ¿Cuál es esa segunda naturaleza que puede ser borrada? La costumbre es una segunda naturaleza que destruye la primera. Pero, ¿qué es esa naturaleza? ¿Por qué la costumbre no es ella misma natural? Me temo que esa naturaleza no sea ella misma una primera costumbre, de modo semejante a como la costumbre es una segunda naturaleza. (93)
- 69 ¿Qué quimera es el hombre? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicciones, qué prodigio! Juzga todas las cosas, imbécil gusano de tierra; depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error; gloria y desecho del universo. (434)
- 70 A pesar de ver todas nuestras miserias, que nos afligen, que nos agarrotan la garganta, poseemos un instinto que no podemos reprimir y que nos eleva. (411)
- 71 Nuestra naturaleza está en el movimiento; el absoluto reposo es la muerte. (129)
- 72 Quien desee conocer plenamente la vanidad del hombre no tiene más que considerar las causas y los efectos del amor. La causa es *un je ne sais quoi* (Corneille), y los efectos son espantosos. Ese *je ne sais quoi*, tan poca cosa que apenas se conoce, remueve toda la tierra, los príncipes, las armas, el mundo entero. La nariz de Cleopatra: si hubiera sido más corta habría cambiado la faz de la Tierra[1]. (162)
- 73 Todos los hombres buscan ser felices. Es algo sin excepción: empleen los medios que empleen todos tienen esa meta. Es ese deseo el que hace que unos vayan a la guerra y otros no, aunque con diferentes puntos de vista. La voluntad no da ni un paso fuera de ese objetivo. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, también de los que van a perderse. Y, sin embargo, después de tan gran número de años, jamás nadie, sin la fe, ha llegado a ese destino al que todos miran continuamente. Todos se quejan: príncipes, súbditos, nobles, plebeyos, viejos, jóvenes, fuertes, débiles, sabios,

ignorantes, sanos, enfermos, de cualquier país, de cualquier tiempo, de cualquier edad o condición.

Una prueba tan extensa, continuada y uniforme debería convencernos de nuestra impotencia para alcanzar al bien con nuestras solas fuerzas. Pero la experiencia nos enseña muy poco. Nunca es tan perfectamente semejante que no advirtamos alguna delicada diferencia; por eso esperamos que nuestra esperanza no se frustrará en esta otra ocasión como lo fue antes. De ese modo, el presente no nos satisface nunca. La experiencia nos hace trampas y de desgracia en desgracia nos lleva hasta la muerte, que es la eterna culminación. (425)

- 74 El imperio fundado en la opinión y la imaginación reina durante algún tiempo, y es dulce y voluntario. El imperio de la fuerza reina siempre. La opinión es como la reina del mundo; la fuerza, el tirano. (311)
- 75 La voluntad propia no estará jamás satisfecha, aun cuando poseyera todo lo que desea; pero cuando se renuncia a eso, hay satisfacción. Sin ese deseo, es imposible estar descontento; con él, es imposible estar contento. (472)
- 76 Salomón y Job son los que mejor han conocido y han hablado de la miseria humana: uno, el más feliz; otro, el más desdichado. El primero conocía por experiencia la inanidad de los placeres; el segundo, la realidad de los males. (174)
- 77 Repruebo igualmente a aquellos que toman el partido de alabar al hombre, como el de quienes optan por censurarlo; y también a aquellos que deciden divertirse. Solo puedo aprobar a quienes buscan entre gemidos. (421)
- 78 Son tan necesariamente locos los hombres, que no estar loco sería estar loco, con otro tipo de locura. (414)
- 79 Imagínese un gran número de hombres encadenados y todos condenados a muerte. Cada día unos cuantos son degollados a la vista de los demás. Estos ven la propia condición en la de sus semejantes y se miran unos a otros con dolor y sin esperanza, esperando su turno. Esa es la imagen de la condición del hombre. (199)

El hombre está lleno de necesidades: amo solo a quien puede colmarlas todas. «Es un buen matemático», se dirá. —Pero yo no sé qué hacer con un matemático; me tomará por una proposición—. «Es un buen guerrero» —me tomará por una plaza sitiada—. Hace falta un hombre honesto que pueda acomodarse a todas mis necesidades, en general. (36)

81 Tedio. Nada es más insoportable para el hombre que estar en pleno reposo, sin pasiones, sin asuntos, sin diversiones, sin ponerse a algo. Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Incontenible, del fondo de su alma surgirán el tedio, la negrura, la tristeza, la pena, el despecho, la desesperanza. (131)

82 La vanidad está tan anclada en el corazón del hombre que un soldado, un escudero, un cocinero, un mozo de cuerda se jacta y quiere tener sus admiradores; los mismos filósofos lo quieren; y los que escriben en contra quieren la gloria de haber escrito bien; y aquellos que los leen quieren la gloria de haberlos leído; y yo que escribo esto, quizá tenga ese deseo; y quizá también los que lo lean... (150)

83 Las bellas acciones ocultas son las más estimables. Cuando veo algunas en la Historia me gustan mucho. Pero, en fin, ellas no han estado ocultas del todo porque han sido conocidas: aunque se haya hecho todo lo posible por esconderlas, ese poco por el que ellas han sido sabidas las estropea; haberlas querido ocultar ha sido lo más hermoso. (159)

84 Lo mejor es que no se diga de alguien: es matemático, es predicador elocuente, sino «es un hombre honrado». Solo me gusta esta cualidad universal. Cuando, al ver un hombre, uno se acuerda de su libro, es mala señal; yo quisiera que no se diera cuenta uno de una cualidad nada más que al encontrarla y con ocasión de usarla —*Ne quid nimis*, nada en demasía—, por miedo de que una cualidad se lleve todo y con ella se le bautice. Que no se diga que él habla bien, sino cuando se trate del hablar bien y entonces se le mencione. (35)

85 ¿Es necesario matar para evitar que haya malvados? Eso es hacer dos males en vez de uno. *Vince in bono malum*, [vence el mal con el bien]. San Aug. [San Agustín].

86

El espíritu cree naturalmente y la voluntad ama naturalmente; de suerte que, faltos de verdaderos objetos, es forzoso que se pegue a los falsos. (81)

- 87 ¿Queréis que crean que sois buenos? No lo digáis. (44)
- 88 Los que están en el desorden dicen a quienes viven en orden que son estos los que se alejan de la naturaleza que ellos creen seguir: al igual de quienes están en un barco, que creen que se alejan aquellos que están en la orilla. El lenguaje es parecido en todas partes. Hace falta tener un punto fijo para juzgar. El puerto juzga a quienes están en el barco, pero, ¿dónde encontramos un puerto en la moral? (383)
- 89 Los grandes y los pequeños tienen los mismos accidentes, los mismos disgustos, y las mismas pasiones. Pero unos están en lo más alto de la rueda y otros cerca del centro; estos están menos agitados por los mismos movimientos. (180)
- 90 ¿Por qué se sigue la pluralidad[2]? ¿Porque tiene más razón? *No*, porque tiene más fuerza. ¿Por qué se siguen las leyes y opiniones antiguas? ¿Porque son las más sanas? No, sino porque son las únicas y nos quitan de raíz la diversidad. (301)
- 91 Lo que puede la virtud de un hombre no se debe medir por sus esfuerzos, sino por su actuación ordinaria. (352)
- 92 Esa gente no tiene corazón; no seremos sus amigos. (196)
- 93 Cromwell iba a asolar toda la cristiandad; la familia real estaba perdida y la suya era poderosa como nunca, a no ser por un pequeño grano de arena que se metió en su uretra. Roma misma iba a temblar ante él. Pero ese pequeño grano se había instalado allí y Cromwell muere, su familia quedó humillada. Todo ya en paz y el reino restablecido[3]. (176)
- 94 El ejemplo de la castidad de Alejandro no ha hecho tantos continentes, como intemperantes ha hecho el ejemplo de su embriaguez. No es deshonoroso no ser tan virtuoso como él, pero parece excusable no ser tan vicioso. Uno parece que no comparte los vicios del común de los hombres cuando se ve

reflejado en los vicios de los grandes hombres. Y, sin embargo, no se cae en la cuenta de que ellos [los grandes hombres] pertenecen al común de los hombres. Se está sujeto a ellos del mismo modo que ellos dependen del pueblo; porque, por elevados que estén, están de alguna manera unidos a los hombres más bajos. No están suspendidos en el aire, abstraídos de nuestra sociedad. No, no; si son más grandes que nosotros es porque tienen la cabeza más alta; pero tienen los pies aquí abajo, como nosotros. Están todos a nuestro mismo nivel y se apoyan sobre la misma tierra. Por ese extremo están bajos, como nosotros, como los más pequeños, como los niños, como los animales[4]. (103)

- 95 Nada nos gusta más que el combate, pero no la victoria. Nos gusta ver la lucha entre animales, pero no al vencedor ensañándose con el vencido. ¿Qué se quiere ver, si no es el fin de la victoria? Pero, cuando llega, nos aburrirnos. Lo mismo en el juego. Lo mismo en la búsqueda de la verdad. Gusta, en las disputas, el combate de las opiniones; pero nada de contemplar la verdad encontrada. Para que se la vea con gusto ha de presentarse como fruto de la disputa. Lo mismo en las pasiones: hay placer en ver dos contrarios luchando, pero, cuando uno es superior, lo que hay no es más que brutalidad. Nunca buscamos las cosas, sino la búsqueda de las cosas. Así, en las comedias, las escenas felices, sin miedos, no valen nada; ni las extremas, sin esperanza; ni los amores brutales, ni las ásperas severidades. (135)
- 96 No se enseña a los hombres a ser hombres honestos, pero se les enseña todo lo demás. Y ellos se jactan más de ser honestos que de no saber nada del resto de las cosas. Solo presumen de lo único que no aprenden. (68)
- 97 Niños que se asustan del rostro que ellos mismos han embadurnado. Son niños, pero lo que es tan débil en la infancia ¿será más fuerte con más edad? No se hace más que cambiar la fantasía. Todo lo que se perfecciona por el progreso, parece también por el progreso. Lo que ha sido débil no puede nunca ser absolutamente fuerte. Se dice: él *ha crecido, ha cambiado*. Pero es el mismo. (88)
- 98 Doy por descontado que si todos los hombres supieran lo que unos dicen de otros, no habría más de cuatro amigos en el mundo. Se nota eso por las querellas que surgen de referencias indiscretas que a veces se hacen los unos a los otros. (Digo más: todos los hombres serían...). (101)

- 99 El tiempo cura los dolores y las querellas, porque cambiamos, no somos ya la misma persona. Ni el ofensor ni el ofendido son los mismos. Es como el pueblo al que se ha ofendido y se vuelve a ver después de dos generaciones. Son todavía franceses, pero no son los mismos. (122)
- 100 No estamos contentos con la vida que tenemos en nosotros y en nuestro propio ser. Queremos vivir una vida imaginaria en la idea que otros tienen de nosotros: por eso nos esforzamos en aparentar. Trabajamos incesantemente en embellecer y conservar nuestro ser imaginario y descuidamos el verdadero. Y si tenemos serenidad, generosidad o fidelidad nos esforzamos en hacerlo saber para unir eso a nuestro ser imaginario, no a nuestro verdadero ser. Y las arrancaríamos de nosotros para unir las al otro ser [imaginario]. Seríamos de buena gana cobardes, para tener fama de valientes. Gran muestra de la nada de nuestro propio ser es no estar satisfecho de uno [el verdadero] sin el otro [el imaginario], y cambiar con frecuencia uno por otro. Sería un infame quien no muriera por conservar su honor. (147)
- 101 La naturaleza del hombre no es la de alcanzar siempre; va y vuelve. La fiebre tiene sus ardores y sus escalofríos: y el frío muestra, tan bien como los ardores, la naturaleza de la fiebre. Los inventos de los hombres, de siglo en siglo, se conducen del mismo modo. La bondad y la malicia del mundo, en general, va de la misma manera: *Plerumque gratae principibus vices*, [los cambios placen sobre todo a los grandes, Horacio, *Odas*, III, 29, 13]. (354)
- 102 Vanidad. Es admirable que una cosa tan visible como es la vanidad del mundo sea tan poco conocida, que sea cosa extraña y sorprendente decir que es una tontería buscar las grandezas. (161)
- 103 Somos tan presuntuosos, que deseamos ser conocidos en todo el mundo, incluso de las personas que serán cuando ya no seamos; y, somos tan vanos, que la estima de cinco o seis personas que nos rodean nos divierte y nos contenta. (148)
- 104 Nos gusta reposar en la sociedad de nuestros semejantes. Son tan miserables como nosotros, impotentes como nosotros: no podrán ayudarnos. Uno muere solo. ¿Hay que hacer, por tanto, como si se estuviera solo y entonces se construirían casas soberbias, etc.? Se buscaría la verdad sin dudar; y, si se rechaza la verdad, se daría una prueba de que se estima más la estima de los demás que la búsqueda de la verdad. (211)

[1] Cleopatra VII (69-30 a. C.) reinó desde el año 51 junto a sus hermanos Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV y después junto a Cesarión, el hijo que tuvo con Julio César. Amante de Marco Antonio, cuando Octavio Augusto derrotó a este se unió a la reina pero no quedó seducida por ella, a causa, se dice, de la fea nariz de la egipcia. Las monedas y bustos que se conservan y se consideran de Cleopatra muestran, en efecto, una nariz poco agraciada, demasiado larga.

[2] O el mayor número de opiniones. Hoy se diría *la mayoría*.

[3] El golpe de Estado puritano de Oliver Cromwell (1599-1658) triunfó definitivamente en 1648. El rey Carlos I fue ajusticiado en 1649. Cromwell murió en 1658, no está claro si de malaria o de cálculo renal. Le sucedió su hijo Richard, pero solo gobernó unos meses. En 1660 el trono volvió al hijo de Carlos I, Carlos II.

[4] «La castidad de Alejandro». Esta noticia procede de Plutarco, *Vidas paralelas*. *Alejandro*, XXI: por el trato respetuoso que Alejandro dio a la mujer y a las hijas del vencido rey persa, Darío. «No tocó a estas ni, antes de casarse, no conoció a ninguna mujer fuera de Barcine...». En cambio, en un acceso de furor causado por una borrachera, mató a su amigo Clitus.

INMORTALIDAD

105 Me parece bien que se profundice en la opinión de Copérnico. Pero, ¡esto! es importante para toda la vida: saber si el alma es mortal o inmortal. (218)

106 La inmortalidad del alma es algo que nos importa tanto, que nos toca tan en profundidad, que es preciso haber perdido todo sentimiento para estar en la indiferencia de saber de qué se trata. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos toman caminos diferentes según haya bienes eternos que esperar o no, que es imposible dar un paso con sentido y juicio, sino es adecuándolo a este punto de vista, que debe ser nuestro último objetivo.

Por eso, nuestro primer interés y nuestro primer deber es aclararnos sobre este asunto, del que depende toda nuestra conducta. Por eso, entre aquellos que no están persuadidos [de la inmortalidad] veo una gran diferencia entre los que trabajan con todas sus fuerzas para instruirse y los que viven sin pensar ni preocuparse por esto.

No tengo más que compasión por quienes gimen sinceramente en la duda, que ven con el mayor de los males, no ahorrando esfuerzos por salir de ella, haciendo de esta búsqueda su principal y más seria preocupación.

Considero de un modo totalmente diferentes a aquellos que pasan su vida sin pensar en este último fin de la vida y que, por la sola razón de que no encuentran en ellos mismos las luces que les persuadan de esa verdad, descuidan buscar en otros lugares y examinar a fondo si esta opinión es de esas que el pueblo recibe con una simplicidad crédula o de esas que, aunque oscuras por ellas mismas, tienen, sin embargo, un fundamento sólido e inquebrantable.

Me irrita más que me conmueve esa negligencia en un asunto que trata de ellos mismos, de su eternidad, de todo lo suyo; me sorprende y me asusta; para mí, es una monstruosidad. Y no lo digo por el piadoso celo de una devoción espiritual. Por el contrario, entiendo que se debe tener ese sentimiento por un principio de interés humano y de amor propio. Para eso no hay más que fijarse en lo que sienten las personas menos ilustradas.

No hace falta un alma muy elevada para entender que no hay aquí satisfacción verdadera y sólida; que todos nuestros placeres no son sino vanidad; y que, en fin, la muerte, que nos amenaza en cada instante, debe

Nada más real, nada más terrible. Creámonos todo lo valientes que podamos: ese es el fin que espera a la bella vida del mundo. Piénsese sobre eso y se tendrá que decir que es indudable que no hay más bien en esta vida que la esperanza de otra vida; que no se es feliz sino en la medida en que uno se acerca a esa otra vida; y que, como no habrá infelicidad para aquellos que tienen una entera confianza en la eternidad, no habrá felicidad para aquellos que no tienen luz alguna que provenga de ella.

Es, pues, un gran mal vivir en esa duda; pero es al menos un deber indispensable buscar mientras se duda. Por eso, quien duda y no busca es completamente desdichado y, a la vez, injusto. No tengo palabras para calificar a la extravagante criatura que en esa duda vive tranquilo y satisfecho, hace de ello una profesión y lo toma como objeto de su vanidad y de su alegría.

¿Dónde pueden aprenderse esos sentimientos? ¿Qué motivo de alegría puede encontrarse en no esperar más que irremediables miserias? ¿Qué motivo de vanidad hay en verse en esas oscuridades impenetrables, y cómo puede ocurrir que se dé ese razonamiento en un hombre razonable?

—«No sé quién me ha puesto en el mundo, ni qué es el mundo, ni yo mismo. Estoy sumido en una terrible ignorancia de todas las cosas; no sé qué es mi cuerpo, qué son mis sentidos, qué es mi alma, ni esta parte misma de mí que piensa lo que digo, que reflexiona sobre todo y sobre ella misma y que no se conoce mejor que conoce el resto. Veo esos espantosos espacios del universo que me envuelven, y me encuentro atado a un rincón de esta vasta extensión sin saber por qué estoy situado en este lugar en vez de en otro, ni por qué este poco tiempo que me es dado para vivir me ha sido asignado en este momento, más que en otro de toda la eternidad que me ha precedido y de la eternidad que me seguirá. No veo más que infinitudes por todas partes, que me encierran como un átomo o como una sombra que dura solo un instante sin retorno. Lo único que sé es que pronto debo morir, pero ignoro todo sobre esa muerte que no puedo evitar.

No sé de dónde vengo, tampoco sé adónde voy. Sé solo que, saliendo de este mundo, caigo para siempre o en la nada o en las manos de un Dios irritado, sin conocer a cuál de estas condiciones estaré eternamente sometido. Ese es mi estado, lleno de debilidad y de incertidumbre. Y de todo eso concluyo que debo pasar todos los días de mi vida sin pretender saber lo que me sucederá. Quizá podría encontrar alguna luz en mis dudas, pero no quiero tomarme ese trabajo, ni dar un paso para buscarla. Después, despreciando a quienes trabajan en ese sentido, quiero ir sin previsión y sin miedo a probar qué es ese gran suceso y dejarme conducir blandamente a la muerte, en la incertidumbre de la eternidad y de mi condición futura».

¿Quién desearía tener como amigo a un hombre que discurre de ese modo? ¿Quién lo escogería entre los demás para comunicarle sus asuntos? ¿Quién

recurriría a él en la aflicción? En fin, ¿a qué utilidad de la vida se le podría destinar?

En verdad es glorioso para la religión tener como enemigos a hombres tan irrazonables. Su oposición es tan poco peligrosa que, al contrario, sirve para establecer las verdades. (194)

DIOS Y EL HOMBRE

- 107 Es el corazón el que siente a Dios, no la razón. La fe es esto: Dios sensible al corazón, no a la razón. (278)
- 108 Las grandezas y las miserias del hombre son tan claramente visibles, que es necesario que la verdadera religión nos enseñe que hay algún gran principio de grandeza en el hombre, así como un gran principio de miseria. Es preciso que la religión nos explique estas asombrosas contrariedades.
 Para que el hombre sea feliz es preciso mostrarle que existe Dios; que el hombre está obligado a amarlo; que nuestra única felicidad es la de ser con él y nuestro único mal estar separado de él; que él sabe que estamos llenos de tinieblas que nos impiden conocerle y amarle; y que de este modo, debiendo nosotros amar a Dios e impidiéndolo nuestras concupiscencias, obramos injustamente. Es necesario que la religión dé razón de estas oposiciones que tenemos en Dios y en nuestro propio bien. Es necesario que nos muestre los remedios para estas impotencias, y los medios para obtener esos remedios. Que sean examinadas sobre todo esto todas las religiones del mundo, y que se vea si existe alguna que no sea la cristiana que pueda dar una respuesta satisfactoria. (430)
- 109 Entre nosotros y el infierno o el cielo no hay más que la vida: la cosa más frágil del mundo. (213).
- 110 No hay más que tres tipos de personas: los que sirven a Dios habiéndole encontrado; los que se dedican a buscarle sin encontrarle; y los que viven sin buscarlo y sin encontrarlo. Los primeros son razonables y felices; los últimos son locos y desdichados; los del medio son desdichados y razonables. (257)
- 111 «Yo renunciaría de buena gana a los placeres —dicen— si tuviera fe». Y yo os digo: «Tendríais bien pronto la fe si abandonaseis los placeres». A vosotros corresponde comenzar. Si yo pudiera, os daría la fe; no puedo hacerlo ni, por tanto, probar si es verdad lo que decís. Pero vosotros podríais dejar los placeres y experimentar si lo que yo digo es verdadero. (240)

- 112 La conducta de Dios, que dispone todas las cosas con dulzor, es acomodar la religión en el espíritu con razones y en el corazón con la gracia. No quiere imponerla en el espíritu y en el corazón por la fuerza y con amenazas. Eso no es disponer la religión, sino el terror, *terrorem potius quam religionem*. (185)
- 113 Sorprende que el misterio más alejado de nuestro conocimiento, el de la transmisión del pecado, sea algo sin lo cual no podemos tener ningún conocimiento de nosotros mismos. No hay duda de que nada choca más con nuestra razón que decir que el pecado del primer hombre ha hecho culpables a aquellos que, estando tan alejados de ese origen, parecen incapaces de participar de él. Ese hecho nos parece no solo imposible, sino además muy injusto. Porque, ¿qué hay más contrario a las normas de nuestra miserable justicia que condenar eternamente a un niño, incapaz de voluntad, por un pecado en el que parece que él ha tenido poco que ver, cometido seis mil años antes de nacer? Ciertamente, nada nos choca más que esta doctrina. Y, sin embargo, sin este misterio, el más incomprensible de todos, seríamos incomprensibles para nosotros mismos. El nudo de nuestra condición se repliega y retuerce en el seno de este abismo, de suerte que el hombre es más inconcebible sin este misterio de lo que este misterio es inconcebible. (434)
- 114 El pecado original es una locura para los hombres, pero se les presenta como tal locura. No debéis tachar de irrazonable esta doctrina, porque yo lo dé como sin razón. Pero esta locura es más sabia que toda la sabiduría de los hombres, *sapientius est hominibus* [*I Corintios*, 1, 25]. Porque, sin ella, ¿qué se dirá que es el hombre? Todo su estado depende de este punto imperceptible. ¿De qué modo se podría saber eso por la razón, ya que es una cosa sin razón? Y la razón, muy lejos de haber llevado a eso por sus vías, se aleja de esa doctrina cuando se le presenta. (445)
- 115 La fe dice cosas que los sentidos no dicen, pero no lo contrario de lo que los sentidos ven. La fe está por encima, no en contra. (265)
- 116 El conocimiento de Dios sin el de la propia miseria lleva al orgullo. El conocimiento de esa miseria sin el de Dios, a la desesperación. El conocimiento de Jesucristo realiza un punto medio: porque en Él encontramos a Dios y nuestra miseria. (527)
- 117 Es verdad que todo instruye al hombre sobre su condición, pero hay que entender esto bien: no es verdad que todo descubra a Dios y no es verdad que

todo lo oculte. Pero es verdad, a la vez, que Él se oculta a quienes le tientan y se descubre a quienes lo buscan, porque los hombres son, a la vez, indignos de Dios y capaces de Dios; indignos por su corrupción; capaces por su primera naturaleza. (557)

118 El hombre no es digno de Dios, pero no es incapaz de hacerse digno de él. Es indigno de Dios si se junta al hombre miserable, pero no es indigno de Dios sacarlo de la miseria. (510)

119 Si no hubiera oscuridad alguna, el hombre no experimentaría su propia corrupción; y si no hubiera nada de luz, el hombre esperaría en vano su remedio. Por eso, no solo es justo, sino útil para nosotros, que Dios en parte se oculte y en parte se descubra: es igualmente peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer su propia miseria, que conocer su miseria sin conocer a Dios. (586)

120 La verdadera y única virtud es odiarse a sí mismo —uno es odiable por su concupiscencia— y buscar un ser verdaderamente amable para amarlo. Pero como no podemos amar lo que está fuera de nosotros, hace falta amar a un ser que sea en nosotros y que no seamos nosotros, y esto es verdad en cada hombre. Ahora bien: no hay más que un Ser universal que sea así. El reino de Dios está en nosotros: el bien universal está en nosotros, es nosotros mismos y no es nosotros mismos. (485)

121 Orden. Los hombres sienten desprecio por la religión, le tienen odio y miedo a que sea verdadera. Para curar eso, hay que comenzar mostrando que la religión no es contraria a la razón, que es venerable; y otorgarle respeto. Volverla amable, hacer que los buenos deseen que sea verdadera; después, mostrar que es verdadera. Es venerable, porque ella conoce bien al hombre. Es amable, porque promete el bien verdadero. (187)

122 Si hay un solo principio de todo y un solo fin de todo —todo para Él, todo por Él— es preciso que la verdadera religión nos enseñe a adorar solo a Él y a no amar nada más que a Él. Pero, como nos encontramos en la impotencia de adorar aquello que no conocemos y en la de no amar algo distinto a nosotros mismos, es necesario que la religión que instruye sobre estos deberes nos instruya también sobre esas impotencias y nos suministre los remedios. La religión nos enseña que por un hombre todo se perdió y se rompió la unión entre Dios y nosotros; y que, por un hombre, esa unión fue reparada.

Nacemos tan contrarios a este amor de Dios y este amor es tan necesario, que es menester que nazcamos culpables. Si no, Dios sería injusto. (489)

- 123 De modo semejante a como Jesucristo ha vivido desconocido en medio de los hombres, así la verdad mora entre las opiniones comunes, sin diferencias exteriores. Así también la Eucaristía entre el pan común. (789)
- 124 Jesucristo ha dicho cosas grandes con tanta sencillez que parece que no las ha pensado; y, a la vez, con tanta claridad, que se ve bien que las pensaba. Esa claridad junto a esa ingenuidad es admirable. (797)
- 125 ¿Qué hombre ha tenido jamás tanto esplendor? El entero pueblo judío lo predijo antes de su venida. El pueblo gentil lo adora antes de que venga. Los dos pueblos, judío y gentil, lo miran como a su centro. Y, sin embargo, ¿qué hombre ha gozado menos de ese esplendor? De treinta y tres años, vive treinta sin aparecer. En tres años, pasa por ser un impostor; los sacerdotes y la gente principal lo rechazan. Sus amigos y los más próximos a él lo desprecian. En fin, muere traicionado por uno de los suyos, renegado por otro y abandonado por todos. ¿Qué parte tiene Él en este esplendor? Jamás hombre alguno ha brillado tanto, jamás hombre alguno ha sufrido tal ignominia. Todo su esplendor solo nos ha servido a nosotros, para poder reconocerlo; no se ha guardado nada para Él. (792)
- 126 El cristianismo es extraño. Ordena al hombre que reconozca que es vil, incluso abominable, y a la vez le ordena que sea semejante a Dios. Sin este contrapeso, esa elevación lo volvería horriblemente vano y ese abajamiento horriblemente abyecto. (537)
- 127 El Dios de los cristianos no es un Dios simplemente autor de las verdades geométricas y del orden de los elementos, como piensan los paganos y los epicúreos. No es solo un Dios que ejerce su providencia sobre la vida y los bienes de los hombres, para dar una feliz secuencia de años a los que le adoran, como piensan los judíos. El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de los cristianos es un Dios de amor y de consolación; un Dios que llena el alma y el corazón de aquellos a quienes posee; un Dios que les hace sentir interiormente su miseria y su misericordia infinita; que se une al fondo de su alma; que la llena de humildad, de alegría, de confianza, de amor; que los vuelve incapaces de otro fin que no sea Él mismo. (556)

- 128 La miseria lleva a la desesperación; el orgullo, a la presunción. La Encarnación muestra al hombre la grandeza de su miseria por la grandeza del remedio que ha hecho falta. (526)
- 129 Yo tendría mucho más miedo de equivocarme y encontrar que la religión cristiana es verdadera, que no de engañarme al creerla verdadera. (241)
- 130 Si el hombre no está hecho para Dios, ¿por qué no es feliz sino en Dios? Si el hombre está hecho para Dios, ¿por qué es tan contrario a Dios? (438)
- 131 Para hacer de un hombre un santo hace falta la gracia, y quien lo duda ignora qué es un santo y qué es un hombre. (508)
- 132 Yo amo la pobreza porque Él la ha amado. Amo los bienes, porque son los medios para asistir a quienes están en la miseria. Guardo fidelidad a todos, no devuelvo el mal a quienes me lo hacen, les deseo una condición semejante a la mía, en la que no se recibe ni bien ni mal de parte de los hombres. Intento ser justo, verdadero, sincero y fiel para todos; siento una ternura de corazón hacia quienes Dios ha unido más estrechamente a mí; y esté yo solo o a la vista de los hombres, pongo todas mis acciones bajo la mirada de Dios, a quien todo consagro.
Estos son mis sentimientos y todos los días de mi vida bendigo a mi Redentor que los ha puesto en mí y que, de un hombre lleno de debilidad, de miserias, de concupiscencia, de orgullo y de ambición, ha hecho un hombre exento de todos esos males por la fuerza de su gracia, a la cual es debida toda la gloria, no habiendo en mí nada más que miseria y error. (550)
- 133 Se siente placer cuando se va en un barco batido por tormenta, si se tiene la seguridad de que no perecerá. De ese tipo son las persecuciones que sufre la Iglesia. (859)
- 134 Es bueno cansarse y fatigarse en la inútil búsqueda del verdadero bien para tender los brazos al liberador. (422)
- 135 Así yo tiendo los brazos hacia mi *Liberador* que, habiendo sido anunciado durante cuatro mil años, ha venido a sufrir y a morir por mí sobre la Tierra, en los tiempos y en todas las circunstancias que habían sido profetizados. Por su gracia espero la muerte en paz, en la esperanza de estar eternamente unido

a Él. Y vivo con alegría, sea con los bienes que Él guste darme, sea en los males que Él me envía para mi bien, entre los cuales Él me ha enseñado a sufrir con su ejemplo. (737)

136 Hay pocos cristianos verdaderos, y digo lo mismo para la fe. Hay muchos que creen, pero por superstición. Otros que no creen en absoluto, por su libertinaje. Hay poca gente entre los dos. Fuera de esos casos están los que tienen verdadera piedad y los que creen por un sentimiento del corazón. (256)

137 No existe ninguna doctrina más propia del hombre que esta, que instruye sobre la doble capacidad de recibir la gracia y de perderla, a causa del doble peligro al que está expuesto, la desesperanza y el orgullo. (524)

138 En lugar de quejaros de que Dios se oculta, deberíais darle gracias por estar tan al descubierto. Y darle gracias también porque no se descubre a los sabios soberbios, indignos de conocer a un Dios tan santo. Dos clases de personas conocen a Dios: los que tienen el corazón humilde y aman su bajeza, sea cual sea el grado de su espiritualidad; y los que tienen espíritu suficiente para ver la verdad, sean las que sean las oposiciones que encuentren. (288)

139 El Dios de los cristianos es un Dios que hace sentir al alma que Él es su único bien, que todo su descanso está en Él, que no tendrá alegría sino amándole; y que, a la vez, es preciso aborrecer los obstáculos que impiden o dificultan amar a Dios con todas las fuerzas. El amor propio y la concupiscencia que la detienen [al alma] le son insoportables. Ese Dios le hace sentir que ella tiene ese fondo de amor propio, que la pierde, y del que es preciso curarse. (544)

140 «Es increíble que Dios se una a nosotros». Solo se llega a esa consideración por la visión de nuestra miseria. Pero si esa consideración vuestra es sincera, seguidla tan lejos como yo, y reconoced que somos tan miserables, que somos, por nosotros mismos, incapaces de conocer si su misericordia puede hacernos capaces de Él. Quisiera saber de dónde este animal, que se considera tan flaco, tiene el derecho a medir la misericordia de Dios y ponerle los límites que su fantasía le sugiere. Sabe tan poco qué es Dios, como qué es él mismo; y completamente trastornado ante la visión de su propio estado, se atreve a decir que Dios no lo puede hacer capaz de comunicarse con Él.

Quisiera preguntarle si Dios le pide cosa distinta, sino que le ame y le conozca; por qué cree que Dios no puede hacerse cognoscible y amable para él, ya que es naturalmente capaz de amor y de conocimiento.

No hay duda de que, por lo menos, conoce que existe y que ama algo. Por tanto, si ve algo en las tinieblas en las que se encuentra y si halla algún objeto de amor entre las cosas de la Tierra, ¿por qué, si Dios le descubre algunos rayos de su esencia, no será capaz de conocerle y de amarle en la forma en la que a Él guste comunicarnos? Hay, pues, una insoportable presunción en este tipo de razonamiento, aunque parezca que se funda en una aparente humildad, que no es ni sincera ni razonable si no nos lleva a confesar, que no sabiendo nosotros qué somos, solo podemos aprenderlo de Dios. (430)

141 Si solo se hicieran las cosas guiándose por lo cierto, no habría que hacer nada por la religión, porque no es cierta[1]. Pero, ¡cuántas cosas se hacen en la incerteza! Viajes por el mar, batallas. Digo, entonces, que no habría que hacer nada, porque nada es cierto, y hay más certeza en la religión que en que veamos el día de mañana. No es cierto que veamos el día de mañana, porque es ciertamente posible que no lo veamos. No se puede decir lo mismo de la religión. No es cierto que sea, pero ¿quién se atreverá a decir que es ciertamente posible que ella no sea? Ahora bien: cuando se trabaja para el mañana y para lo que es incierto se actúa con razón, porque se debe trabajar por lo incierto, según la regla de los partidos, que ha sido demostrada[2]. (234)

142 Al ver la ceguera y la miseria del hombre, al universo entero, mudo, y al hombre, sin luz, y, como apartado en un rincón de este universo, sin saber quién lo ha puesto ahí ni qué ha venido a hacer, ignorando qué será de él cuando muera, incapaz como es de todo conocimiento, me estremezco como un hombre a quien, dormido, se le ha trasladado a una isla desierta y espantosa, y se despertara sin saber dónde está y cómo salir de allí. Me admiro de cómo no se cae en la desesperación por un estado tan miserable. Veo a mi lado a otras personas de naturaleza semejante; les pregunto si saben más que yo y me dicen que no; y estos miserables descarriados, mirando a su alrededor y viendo algunas cosas agradables, se entregan y se pegan a ellas. En cuanto a mí, no he podido hacerlo y, considerando que, según todas las apariencias, hay algo distinto de lo que veo, he buscado si ese Dios no habrá dejado alguna señal de sí.

Veo varias religiones contrarias y, sin embargo, todas falsas, menos una. Todas quieren ser creídas por su autoridad y amenazan a los incrédulos. Sobre ese punto, no las creo. Todas pueden decir eso, todo el mundo puede llamarse profeta. Pero veo la religión cristiana, donde hay profecías; esto es algo que no todo el mundo puede hacer. (693)

[1] Cierto no es sinónimo de *verdadero*. La certeza se refiere a la seguridad en lo que se conoce racionalmente. La religión no es cierta en ese sentido, ya que, como afirma san Pablo, «ahora vemos por medio de espejo en enigma» (*1 Corintios*, 13, 12). La certeza en la fe es posible con la gracia, no con los razonamientos o la simple experiencia humana.

[2] Los partidos que se juegan, según el cálculo de probabilidades, en el que Pascal fue un pionero. Este fragmento se puede completar con el texto sobre la Apuesta, que sigue a continuación.

143

—Hablemos ahora según las luces naturales [de la razón]. Si existe un Dios, es infinitamente incomprensible porque, no teniendo partes ni límites, no tiene ninguna relación con nosotros. Somos, pues, incapaces de conocer ni qué es, ni si es. Estando así las cosas, ¿quién se atreverá a resolver esta cuestión? No nosotros, que no tenemos ninguna relación con Él.

¿Quién censurará, por tanto, a los cristianos no poder dar razón de su creencia, ellos, que profesan una religión de la que no pueden dar razón? Ellos declaran, exponiendo esa religión al mundo, que es necedad, *stultitiam*[1]; ¡y os quejáis de que no la prueben! Si la probaran, no mantendrían su palabra. La falta de pruebas es lo que hace que no carezcan de sentido.

—«Sí, pero aunque eso excuse a aquellos que lo presentan [el cristianismo] como tal locura y los aleja de la censura de presentarlo sin razones, no excusa a los que lo reciben».

Examinemos, pues, ese punto y digamos: «Dios existe o no existe». ¿Hacia qué lado nos inclinamos? La razón no puede determinar nada; hay un caos infinito que nos separa [de Dios]. En el extremo de esta distancia infinita se juega un juego: cara o cruz. ¿Qué apostáis vosotros? Con la razón, no podéis resolver un punto o el otro, ninguno de los dos. No acuséis, por tanto, de falsedad a aquellos que han elegido, porque vosotros no sabéis nada.

—«No; pero no los censuraré por haber hecho esa elección, sino una elección; porque tanto el que eligió cara como el que eligió cruz están equivocados; lo justo es no apostar».

Sí, pero hay que apostar. Eso no es voluntario. Estáis embarcados. ¿Por qué apostáis vosotros? Veamos. Como no hay más remedio que apostar, pensemos en lo que menos os interesa.

Tenéis dos cosas que perder: la verdad y el bien; y dos cosas que comprometer, vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra felicidad. Y vuestra naturaleza tiene dos cosas de las que huir: el error y la desgracia.

Vuestra razón no resulta más dañada escogiendo una u otra cosa, porque no hay más remedio que escoger. Por ese lado, el asunto está agotado.

Pero, ¿y vuestra felicidad? Pesemos la ganancia y la pérdida apostado «cruz», que Dios existe. Examinemos las dos posibilidades: si ganáis, ganáis

todo; si perdéis, no perdéis nada. Apostad, pues, porque existe, sin dudarle un momento.

—«Eso es admirable. Sí, es preciso apostar. Pero quizá me comprometo demasiado».

Veamos. Puesto que existe un azar semejante en la ganancia o en la pérdida, si no ganaseis más que dos vidas por una, podríais todavía apostar. ¿Y si la ganancia fuera de tres? Haría falta jugar —porque estáis en la necesidad de jugar— y seríais imprudentes, estando obligados a jugar, no arriesgando vuestra vida para ganar tres, en un juego que tiene el mismo riesgo de pérdida que de ganancia. Pero hay una eternidad de vida y de felicidad. Siendo así, aunque se diera una infinidad de posibilidades de las que solo una sería la vuestra, tendríais razón en apostar uno para obtener dos; y obraríais en sentido equivocado —estando obligados a jugar— rechazando jugarse una vida contra tres, en un juego en el que existe para vosotros una infinidad de posibilidades. Todo eso en el caso de que existiera la posibilidad de ganar una infinidad de vida infinitamente feliz: hay aquí, sí, una infinidad de vida infinitamente feliz que ganar, una posibilidad de ganancia contra un número finito de posibilidades de pérdida, y lo que perdéis es finito.

Esto lo determina todo: allí donde está el infinito y donde no hay infinidad de posibilidades de pérdida contra las de la ganancia, no se puede dudar, hace falta darlo todo. Y así, cuando se es obligado a jugar, hay que renunciar a la razón para conservar la vida, antes que arriesgarla por una ganancia infinita que también puede llegar: la pérdida de nada.

No sirve de nada decir que no es seguro que se ganará; que es cierto el arriesgarse; que la infinita distancia que hay entre la *certeza* de lo que se expone y la *incertidumbre* de lo que se ganaría iguala el bien finito, que ciertamente se expone con el infinito, que es incierto.

No es así. Todo jugador arriesga con certeza para ganar con incertidumbre. Y, sin embargo, arriesga ciertamente lo finito para ganar inciertamente lo finito, sin pecar contra la razón. No hay una distancia infinita entre esa certidumbre de lo que se arriesga y la incertidumbre de la ganancia: eso es falso. Lo que hay, en verdad, es infinidad entre la certidumbre de ganar y la certidumbre de perder, pero la incertidumbre de ganar es proporcional a la certidumbre de lo que se arriesga, según la proporción de posibilidades de ganar y perder. Y de ahí se sigue que, si existen las mismas posibilidades de un lado que de otro, el juego consiste en jugar lo igual contra lo igual. Entonces, la certidumbre de lo que se arriesga es igual a la incertidumbre de la ganancia; tanta falta hace que esté infinitamente distante. De este modo, nuestra proposición posee una fuerza infinita: hay que arriesgar lo finito en un juego en el que hay las mismas posibilidades de ganar y de perder, y de ganar lo infinito. Esto es demostrativo: si los hombres son capaces de alguna verdad, es esta.

—«Lo confieso, lo admito. Pero, ¿no hay manera de ver la trama del juego?»

Sí, la Escritura y el resto, etc.

—«Sí, pero tengo las manos atadas y la boca muda y se me obliga a apostar, y no soy libre; no se me deja suelto y soy de tal manera que no puedo creer. ¿Qué queréis que haga?»

Es verdad; pero entended, al menos, vuestra impotencia para creer: la razón os lleva a ello y sin embargo no podéis conseguirlo. Trabajad, pues, no en convenceros acumulando pruebas de Dios, sino disminuyendo vuestras pasiones. Queréis ir hacia la fe y no conocéis el camino; os queréis curar de la infidelidad y pedís el remedio. Aprended de aquellos que han estado atados como vosotros y que ahora apuestan todo lo que tienen. Son gente que saben el camino que vosotros queréis seguir, que han sido curados de un mal del que queréis ser curados. Seguid el modo con el que ellos han comenzado; es hacerlo todo como si se creyese: tomar agua bendita, encomendar misas, etc. Naturalmente eso os hará creer y os embrutecerá por igual[2].

—«Eso es lo que temo».

¿Por qué? ¿Qué tenéis que perder? Para mostraros que eso conduce ahí está el hecho de que disminuirán vuestras pasiones, que son los principales obstáculos.

¿Qué mal os acarrearán tomar este partido? Seréis fiel, honesto, humilde, agradecido, benéfico, amigo sincero, verdadero. No estaréis apestados con los placeres, la gloria, las delicias. Pero, ¿acaso no tendréis otros? Os digo que ganaréis en esta vida y que, a cada paso que deis en este camino, veréis tan bien la certeza de la ganancia y la nada de lo que habéis arriesgado, que reconoceréis finalmente que habéis apostado por algo cierto, infinito, por la cual no habéis dado nada.

—«¡Oh!, este discurso me transporta, me encanta, etc.».

Si este discurso os place y os parece consistente, sabed que ha sido concebido por un hombre que se ha arrodillado antes y después de hacerlo, para rezar a ese Ser infinito y sin partes, al cual él somete todo lo que tiene. Someted también lo vuestro, por vuestro propio bien y por su gloria. Y de este modo la fuerza se acordará con la debilidad. (233)

[1] Cita implícita del texto de San Pablo en *I Corintios* 1, 23: «nosotros predicamos un Cristo crucificado; para los judíos, escándalo; para los gentiles, necedad [*stultitia*]».

[2] *S'abetir* no es hacerse bruto sino volver a la infancia, a la naturalidad, renunciar a las medias verdades y a la gramática parda de quienes se creen sabios.

EL MEMORIAL

El padre Pierre Guerrier, amigo de los descendientes de Pascal, dejó escrita en 1732, setenta años después de la muerte de Pascal, la siguiente nota:

«Pocos días después de la muerte de Pascal, un criado de la casa descubrió, por azar, que en el dobladillo del jubón de este ilustre difunto había algo distinto del resto. Descosió un poco para ver qué era y encontró un pequeño pergamino, doblado. Estaba escrito por la mano de Pascal, igual que un papel que había dentro del pergamino. Eran dos copias de lo mismo. Estas dos copias fueron entregadas enseguida a la señora Périer [Gilberte, hermana de Pascal], quien las enseñó a muchos de sus amigos íntimos. Todos estuvieron de acuerdo en que no había duda de que el pergamino, escrito con mucho esmero y con caracteres muy notables, era una especie de Memorial, que Pascal guardaba con cuidado para conservar el recuerdo de algo que quería tener siempre antes sus ojos y ante su espíritu. Al cabo de ocho años, se tomaba el trabajo de coserlo y descoserlo cada vez que se cambiaba de ropa».

El Memorial fue publicado por primera vez en 1740[1].

144

«Año de gracia de 1654.

Lunes, 23 de noviembre, día de san Clemente, papa y mártir, y de otros en el martirologio.

Víspera de san Crisógono, mártir, y de otros.

Desde alrededor de las diez y media de la noche hasta alrededor de poco más de la media noche.

Fuego

Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y los sabios.

Certidumbre, certidumbre, sentimiento, alegría, paz.

(Dios de Jesucristo).

Deum meum et deum vestrum. [Dios conmigo y Dios vuestro].

Tú Dios será mi Dios.

Olvido del mundo y de todo, menos de Dios.

Solamente se le encuentra a través de los caminos señalados en el Evangelio.

Grandeza del alma humana.

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo sí.

Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría.

Yo me separé de Él.

Dereliquerunt me fontem aquae vivae. [Me han abandonado las fuentes de agua viva (*Isaías* 2, 13)].

Dios mío, ¿me abandonarás?
¡Que no me separe de ti eternamente!
Esta es la vida eterna, que te conozcan como al verdadero y único Dios, y a
aquel a quien tú has enviado, a J. C.
Jesucristo.

Jesucristo.
Yo me he separado de Él, le he huido, renunciado, crucificado.
¡Que yo no sea separado de Él jamás!
Solo se le conserva a través de los caminos señalados en el Evangelio.
Total y dulce renuncia.
Etc.
Sumisión total a Jesucristo y a mi director.
Eternamente en alegría por un día de ejercicio sobre la tierra.
Non obliviscar sermones tuos. Amen. [No olvidaré tus palabras (*Salmo*,
118, 16)]».

[1] Como constata Léon Brunschvicg, «el pergamino se ha perdido; pero al inicio del manuscrito de la Biblioteca Nacional se encuentra el papel que reproducía ese manuscrito, de la mano de Pascal, cuya autenticidad está asegurada por una nota firmada por el *abbé* Périer, sobrino de Pascal. Encima de todo, una cruz rodeada de rayos».

BIBLIOGRAFÍA

Libros sobre Pascal:

En castellano, la bibliografía sobre Pascal no es tan abundante como se merece. Entre ella:

- YVES CHIRON, *Pascal: el sabio, el creyente*, Ediciones Palabra, Madrid, 2009.
J. A. WILLIAMS, *El argumento de la apuesta de Blaise Pascal*, Eunsu, Pamplona, 2007.
ALICIA VILLAR, *Pascal, ciencia y creencia*, Ediciones Pedagógicas, Madrid, 2002.
ALICIA VILLAR, *Ámbito de la razón y del corazón en Pascal*, Universidad Complutense, Madrid, 1986.
ROMANO GUARDINI, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, Emecé, Buenos Aires, 1953.
JEAN MESNARD, *Pascal. El hombre y su obra*, Tecnos, Madrid, 1973.
AUGUSTO VALENSIN, *Lecciones sobre Pascal*, Taurus, Madrid, 1963.

Entre la incesante bibliografía francesa, pueden destacarse:

- FRANCESCO PAOLO ADORNO, *Pascal*, Les Belles Lettres, 2000.
ALBERT BÉGUIN, *Pascal*, Seuil, París, 1981.
HERVÉ BONNET, *Blaise Pascal*, Éditions Sils Maria, 2013.
ANDRÉ BORD, *Pascal et Jean de la Croix*, Beauchesne, 1987.
ANDRÉ BORD, *La Vie de Blaise Pascal*, Beauchesne, París, 2000.
ANDRÉ BORD, *Pascal vu par sa sœur Gilberte*, Pierre Téqui, París, 2005.
ANDRÉ BORD, *Lumière et Ténèbres chez Pascal*, Pierre Téqui, París, 2006.
LÉON BRUNSCHVICG, *Blaise Pascal*, Vrin, París, 1953.
DOMINIQUE DESCOTES, *Pascal: biographie, étude de l'œuvre*, Albin Michel, París, 1994.
THOMAS MORE HARRINGTON, *Pascal philosophe*, CDU-SEDES, París, 1982.
PIERRE HUMBERT, *L'Œuvre scientifique de Blaise Pascal*, Albin Michel, París, 1947.
LOUIS LAFUMA, *Histoire des Pensées de Pascal*, Ed. de Luxembourg, 1954.
PIERRE MAGNARD, *Pascal, La clé du chiffre*, La Table ronde, 2007.
PIERRE MAGNARD, *Le Vocabulaire de Pascal*, Ellipses, 2001.
HERVÉ PASQUA, *Pascal, penseur de la grâce*, Téqui, 2000.
JONAS GEFFROY, *Blaise Pascal, vie et oeuvre*, Edition Atlas, 2003.
PHILIPPE SELLIER, *Pascal et saint Augustin*, Albin Michel, 1995.
LAURENT THIROUIN, *Le Hasard et les règles: le modèle du jeu dans la pensée de Pascal*, Vrin, París, 1991.

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	5
1. CONOCER: RAZÓN Y CORAZÓN	9
2. EL HOMBRE	15
3. INMORTALIDAD	27
4. DIOS Y EL HOMBRE	30
5. LA APUESTA	38
6. EL MEMORIAL	42
BIBLIOGRAFÍA	44